

ACUDIDA SEMENARIO DE LA SOLIDARIDAD A T U J U D A

Que la caída de Málaga sirva de enseñanza y acicate, que la caída de Málaga suscite en Valencia, como en Barcelona, como en Bilbao, como en el último rincón de la España leal, no dolor de angustia irremediable, sino dolor de deseo de contribuir todos a una pronta victoria. Que no se pierda esta sacudida saludable de la masa; pero que no quede en un movimiento pasajero, sino que se transforme en decisión constante de agruparse todos por encima de las regiones, por encima de los Partidos, por encima de los Sindicatos, por encima de los Comités, bajo una misma dirección de la guerra.

AÑO II.—NÚM. 43

Madrid, 20 de febrero de 1937

Precio: 15 cts.

ALVAREZ DEL VAYO

¡ESPAÑOLES HONRADOS!

¡Acudid en ayuda de los evacuados de Málaga!

El fascismo invasor ha hollado con pisadas sangrientas un trozo de nuestra Patria. Málaga, la hermosa ciudad española, de profundas tradiciones populares, ha caído en poder de las fuerzas del crimen y del robo, de la destrucción y del saqueo.

El pueblo malagueño ha resistido bravamente los brutales ataques del enemigo; sus hombres y mujeres ofrecieron la vida generosamente por la defensa de cada palmo de terreno. Ni un solo edificio, ni una sola calle fué cedida sin lucha a la bestia fascista. Sólo la metralla y el fuego, el empleo en masa de las más terribles armas de guerra, asolando vidas y hogares, reduciendo a escombros la ciudad, pudo conquistar en combate encarnizado y feroz las posiciones defendidas por los héroes de la independencia nacional.

Málaga la hospitalaria, que acogió amorosamente a millares de huídos de Cádiz y de Granada, que dió pan y hogar a las mujeres y niños evadidos de los pueblos y ciudades del Sur, oprimidos por las hordas fascistas, llama hoy a todos los españoles honrados, a los pueblos de Levante y Cataluña, a los antifascistas de todas las ciudades leales a la democracia y a la República para que acudan presurosos a mitigar el dolor y las necesidades de sus mujeres y niños que acuden en busca de auxilio lejos de los horrores de la guerra.

El Socorro Rojo de Málaga, que supo sostener tan alta la bandera de la solidaridad con los que acudieron en su busca, pide a todos los Comités hermanos y al pueblo antifascista de España una ayuda inmediata para los familiares de los héroes que cayeron gloriosamente defendiendo su amada ciudad y la independencia de la España libre y democrática.

¡La reconquista de Málaga no se hará esperar! El brío y la decisión con que el Ejército Popular ha cortado el avance fascista y ataca en los frentes del Sur, demuestra el espíritu que anima a nuestros combatientes para recuperar el territorio perdido.

Pero hasta que resuene el grito de victoria hay que ayudar a millares de víctimas inocentes.

¡Españoles! ¡Amigos de la libertad y del progreso!

¡LOS FAMILIARES DE LOS CAIDOS DEFENDIENDO SU LIBERTAD Y VUESTRA LIBERTAD, SU HOGAR Y VUESTRO HOGAR, SU INDEPENDENCIA Y VUESTRA INDEPENDENCIA, LO ESPERAN TODO DE VOSOTROS!

¡HACED UN LUGAR PARA ELLOS EN VUESTRO CORAZON, EN VUESTRA CASA Y EN VUESTRA MESA!

¡DEMOSTRAD AL MUNDO ENTERO QUE UN PUEBLO CON TAN ELEVADO SENTIDO DE LA LIBERTAD Y DE LA FRATERNIDAD HUMANA ES INVENCIBLE!

¡TEN PIE POR LA INDEPENDENCIA DE ESPAÑA, POR LA DEFENSA DE LA JUSTICIA Y DE LA CIVILIZACION!

Comité Provincial del S. R. I. de Málaga.

Comité Ejecutivo Nacional.



CUANDO PASA EL FASCISMO SOLO QUEDA LA MUERTE



LOS COMBATIENTES NO ESTÁN SOLOS

La Conferencia Internacional de Ayuda al Pueblo Español

Desde sus comienzos, la heroica lucha de nuestros combatientes levantó oleadas de entusiasmo y de admiración en el mundo entero. Cada batalla ponía emoción en el pecho de millones de hombres y mujeres amigos de la justicia y de la civilización.

Todos comprendieron que se libraba en España una gigantesca batalla por la defensa de la democracia y que de su resultado dependía, y depende, el porvenir de la paz y del progreso.

Con esta visión exacta del problema la solidaridad comenzó a llegarnos potente y generosa. Los antifascistas de cada país, las personas que odian la opresión y la esclavitud enviaban víveres y ropas, organizaban colectas (solamente en Francia se han recaudado para la España republicana más de ocho millones de francos) y los mítines y demostraciones de simpatía se sucedían sin cesar.

¡Cuánta generosidad, cuántos esfuerzos realizados para ayudar a los combatientes, a las mujeres y niños españoles! Pero lo que comenzó espontáneamente había que canalizarlo y transformar los esfuerzos aislados en un movimiento coordinado y arrollador. Así, en virtud de esta apremiante necesidad, nació el Comité Internacional de Coordinación por la ayuda a la España republicana con el apoyo incondicional de los mejores cerebros y corazones y de las más fuertes organizaciones antifascistas.

El Comité de Coordinación, después de establecer estrechos lazos con los organismos democráticos de todos los países y de dotar a este magnífico movimiento solidario de una dirección firme, tomó la decisión de convocar la Conferencia Internacional de Ayuda al Pueblo Español, que se ha celebrado en París los días 16 y 17 de enero.

Nunca se había conseguido reunir en una Conferencia Internacional el número y calidad de delegados que han asistido a ésta y los millones de adheridos a partidos políticos y organizaciones sindicales que han estado representados ahora en París.

Un total de 461 delegados de 32 países. Entre ellos hombres de ciencia, artistas, intelectuales y políticos de las tendencias más diversas. Figuras de la

talla de Víctor Bach, Langevin, Leon Jouhaux, Jean Longuet, Marcel Cachin, Elena Stassova, Paul Perrin, Isabel Blum, Leonhard, Fischer, Huysmans, Cudenet, Bayet y otros muchos. Representaciones oficiales de la Liga de Derechos del Hombre, Socorro Rojo Internacional, Comités de Ayuda a España, Fondo Mateotti, Partidos Socialistas, Comunistas y Republicanos, Sindicatos de Francia, Inglaterra, Estados Unidos, Bélgica, España, Italia, Palestina, etc.

Por España acudieron 17 delegados y siete en representación de Cataluña; un total de 25, en nombre de la C. N. T., Socorro Rojo, Partido Socialista, Izquierda Republicana, Frente de la Juventud, 5.º Regimiento y Sabios evacuados de Madrid, entre los que figuraban el poeta León Felipe, José Gaes, viuda de Sirval, Isidoro Acevedo, Solozábal, Pío del Río Hortega, y enviaron calurosos saludos Alvarez del Vayo, Companys, general Miaja y todas las organizaciones del Frente Popular.

He aquí algunos de los puntos aprobados por los delegados internacionales: Necesidad de reforzar y ampliar los Comités de Ayuda a España; intercambio de experiencias entre todos los países; creación de una Comisión sanitaria internacional; envíos de material para efectuar las evacuaciones; organización del alojamiento de niños en diversos países; aprovisionamiento de víveres a los combatientes y a la población civil; envío de nuevos barcos con destino a las fuerzas leales y familiares; intensificar las visitas de Delegaciones internacionales a España; apadrinar poblaciones y ciudades españolas, tomando el patrocinio de la capital de la República las capitales de los países democráticos; organizar la propaganda en el extranjero por medio de la Prensa, radio y cinema; organización de Exposiciones sobre el terror fascista, y, en fin, la recomendación de asegurar en cada país el sostenimiento de las familias de los antifascistas que han venido a luchar por la libertad del pueblo español.

El espíritu que animó la Conferencia de Ayuda está reflejado magnifi-

camente en el mensaje enviado por el gran Romain Rolland: "¡Todos a la ayuda de España! Trabajemos para soldar indisolublemente nuestras fuerzas de ayuda mutua, de defensa democrática. No sólo es preciso ayudar a la España republicana a sobreponerse victoriosamente a la prueba cruel que le ha sido impuesta por el crimen y la traición; es necesario que de esta prueba, que nos es común, las democracias del mundo salgan más unidas y mejor armadas, dispuestas a hacer frente a todas las amenazas, a todo cuanto atente contra la justicia social, a todo cuanto se oponga a la marcha irresistible del progreso humano."

La Conferencia dió fin a sus tareas con esa energía y firmeza, con la seguridad en la victoria que alumbraba a Romain Rolland, uno de los corazones más generosos y profundamente humanos del mundo civilizado.

ESTEBAN VEGA

La solidaridad y la no intervención

Puede decirse que la solidaridad es una palabra borrada del diccionario fascista. La ayuda a Franco y comparsa se reduce casi exclusivamente a material bélico. Hitler y Mussolini hacen sus cálculos, y de una manera fría, calculista, remiten a Franco sus mercancías de muerte. No hacen sus envíos por un impulso sentimental —ya pasarían la cuenta si sus propósitos triunfasen—. Por el contrario, en la ayuda al pueblo español se trasluce el impulso sentimental que los trabajadores y masas antifascistas de todo el mundo sienten por la España republicana. Comprenden que la justicia está de nuestra parte, y contribuyen en la medida de sus fuerzas a hacernos más llevadera la lucha. Nada piden en compensación. Sólo la tranquilidad y la alegría en su ánimo por el deber cumplido. Mientras los rebeldes españoles sólo reciben ayuda de los países fascistas, en donde la voz popular está amordazada, nosotros nos vemos amparados por la conciencia mundial. Se constituyen Comités de Ayuda en todos los países en que la voluntad popular tiene algún resquicio por donde manifestarse. En Francia, en Inglaterra, en Suecia, en Noruega, en Checoslovaquia, en los Estados Unidos...

Figuras destacadas del mundo intelectual —un mundo sin fronteras— lanzan continuamente notas, manifestaciones, llamamientos a la conciencia de los hombres y mujeres de todo el mundo: Heinrich Mann, Waldo Frank, André Gide, Einstein...

Se celebran actos en París, en Londres, en Bruselas..., actos a los que la gente acude para manifestar con su presencia y fervor su cálida solidaridad con la causa que defendemos.

Las organizaciones internacionales obreras nos prestan su valioso concurso. Se puede calcular en 5.600.000

pesetas el valor de las dieciocho expediciones remitidas hasta la fecha por los organismos y sindicales internacionales. Parecería lo natural que los gobiernos de los países democráticos abriesen los oídos al clamor universal. Lejos de ello, la situación de esos países respecto a nosotros sigue, poco más o menos, igual.

Después del reconocido fracaso de la política de no intervención en los asuntos españoles —como si todo el mundo no estuviera convencido de que aquí ha planteado el fascismo problemas que se salen del área nacional—, a los cinco meses de lanzada la genial idea de Blum, los países promotores de tal política se lanzan a poner en práctica medidas que tiendan a la consecución de tal fin: el bloqueo a los puertos españoles. No habiendo triunfado el propósito de excluir a Rusia en la vigilancia de nuestras costas —la monstruosidad de tal propósito salta a la vista—, la política no intervencionista hincha nuevamente sus velas. Se sigue midiendo por el mismo rasero al Gobierno legítimo de la República que a la Junta facciosa. La indecisión sigue dando la tónica a la política internacional de Francia e Inglaterra. Mientras tal hecho llega a tener efectividad, los países fascistas, amparados por las dilaciones y aplazamientos del Comité de no intervención de Londres, que ellos mismos provocan, aprovechan el tiempo desembarcando pródigamente en los puertos facciosos hombres y material guerrero. Parece ser que el Gobierno inglés ha recibido la confirmación del desembarco de 12.000 soldados italianos en el puerto de Cádiz el día 6 del corriente. «The Times», órgano del conservadurismo inglés, dice que en las últimas operaciones por el sector de Aranjuez lucharon los hombres de la Reichswehr, mandados por el mismo general Faupel. Ante hechos de tal gravedad, parecería lo lógico que los gobiernos que se titulan democráticos, adoptando una actitud justa y beneficiosa para todos, pusieran los medios para atajar la descarada injerencia fascista en España. Lejos de ello, y llevados por una actitud que ya se pasa de prudente para caer en la medrosidad, hacen el juego a las potencias fascistas, poniendo todas sus esperanzas en que la política de no intervención tenga efectividad con el bloqueo de nuestros puertos. Con esta actitud, Francia e Inglaterra, mejor dicho, los gobiernos francés e inglés, declaran su impotencia y autorizan tácitamente a Hitler y Mussolini para que ayuden a los rebeldes hasta que tal medida se lleve a efecto.



UN LLAMAMIENTO DE HEINRICH MANN A LAS MADRES ALEMANAS

El honor de Alemania es ser justa y humana con un pueblo que jamás la hizo daño y que defiende su libertad

Las madres españolas os han dirigido un llamamiento, madres alemanas. Es el grito de unos corazones atormentados. No tenéis derecho a dejarlo sin respuesta.

Oíd lo que os dicen las madres españolas, porque es la verdad. La única verdad, para las mujeres, para las madres, ya sean españolas o alemanas. Las madres españolas os dicen que hombres ambiciosos arrastran a vuestros hijos para que rieguen con su sangre joven campos de batalla desconocidos. ¿Por qué? Ninguna madre podrá comprenderlo; sólo la ambición de los hombres puede ser capaz de tal cosa. Este comercio no tiene nada que ver con el bienestar de un pueblo, ya sea el alemán o el español. Se os piden vuestros hijos, madres alemanas, porque los hombres y las mujeres de España han dado cuenta de sus primeros agresores, porque los han vencido y diezmado.

Daos cuenta: A la cabeza de un ejército de marroquíes, los generales sublevados han invadido el país al que habían prestado juramento de defender. Fracasado el golpe, se encuentran en vísperas de la catástrofe. Entonces hacen venir socorros de Alemania. ¿Por qué de Alemania? Porque a los gobernantes alemanes les importa poco si vuestros hijos viven o mueren. Y los gobernantes alemanes pueden realizar el negocio de vender a vuestros hijos. Los detalles y los

pretextos son indiferentes. No prestad ninguna atención a las palabras de "intereses alemanes" y de "honor alemán". El interés de vuestra patria exige, ante todo, que vuestros hijos vivan. Y el honor de Alemania es ser justa y humana con un pueblo que jamás la hizo daño alguno y que defiende su libertad.

Vosotras comprenderéis, madres alemanas, que vuestros hijos no han nacido para destruir la libertad de pueblos extranjeros. Les habéis dado el ser para que algún día también ellos puedan ser libres y dichosos. Y entonces llevarán una vida digna. ¿Qué hacen ahora, o qué se les fuerza a hacer ahora?

Vuestros hijos queridos, madres alemanas, matan los hijos queridos de otras madres. Y no sólo se les obliga a matar a los hombres, sino que también deben emplear sus armas terribles contra los niños, destrozando los cuerpos de las muchachas y de las mujeres, maltratar a ancianos, incendiar ciudades, devastar el país. Pero no es eso todo. Vuestros hijos no han de limitarse a la lucha abierta. También tienen que asesinar a otros seres inocentes. En la retaguardia, los adversarios políticos de los generales sublevados y de los señores de Alemania mueren a sus manos. ¿Qué creéis, madres alemanas, que esperará a vuestros hijos si salen vivos de todos estos horrores insensatos? Habrán perdido su honor.

El comercio de los gobernantes es infame, y quien se preste a ejecutarlo no tendrá vergüenza.

Levantaos, madres alemanas, y decid claramente que no queréis esto, que no queréis la muerte de vuestros hijos ni su deshonra. Decid lo que sabéis sobradamente: que vuestros hijos no han ido a España voluntariamente, que los han llevado engañados, que han abusado de ellos. Hay otros alemanes que combaten en España voluntariamente, pero es en las filas de la libertad, y vuestros hijos tendrán que combatir contra ellos, y vuestros hijos tendrán que tirar contra esos otros hermanos alemanes. Los alemanes se matan entre ellos, y ojos alemanes tendrán que mirarse en otros ojos alemanes de las trincheras de enfrente. Y todos son hijos de madres alemanas que estaban destinados a ser felices en la misma patria.

Madres alemanas, llamadles. Si queréis, vuestra llamada será más fuerte que los más poderosos señores. Porque, unidas, elevaréis vuestras voces, que serán más vibrantes que las de nadie, más poderosas que ningún poder y que ninguna batalla.

Oíd lo que os gritan las madres españolas: "Ayudadnos a obligar a los traidores y a los verdugos para que cese el asesinato inmenso de jóvenes alemanes y españoles, para bien de vuestra patria y de la nuestra."

VISADO POR LA CENSURA

EN EL PARAPETO

Cuando salió la luna vino la tranquilidad. Ya no era posible ninguna sorpresa nocturna. El teniente Ruiz quitó las guardias dobles y distribuyó los turnos para toda la noche, de dos en dos horas.

Los disparos de los morteros contra algún otro parapeto cesaron. Pero los "pacos"—tiradores furtivos—disparaban incansablemente. Alguna vez, los fusiles-ametralladoras descargaban sus peines. De cuando en cuando, una bala explosiva estallaba su bofetada insultante contra nuestro parapeto.

Y le dije al teniente:

—Yo creo que esa gente nos quiere tener toda la noche despiertos, porque a lo mejor pensarán atacar mañana y preferirán tenernos sin descanso.

—Tal vez—respondió, y se fué, atento a todo, a recorrer la línea. Yo fui con él. A unos les daba instrucciones sobre el peligro de los fósforos y los cigarrillos; a otros les indicaba la necesidad de montar la guardia con todo el correaje puesto; a otros les ordenaba cubrir con sacos los techos de las "chabolas" (casetas de madera) para no denunciarlas a los aviones; a las guardias les indicaba que no olvidaran las granadas de mano. Era su primer noche de oficial y ponía un escrúpulo especial en todo.

Me acosté a cielo abierto, porque no había más espacio en las pocas chabolas que se habían hecho. Había una clara luna remota, de menguante. Y las estrellas, mis viejas amigas del cielo del presidio. ¡Tanto tiempo sin verlas! De pronto me entró una duda. ¡Era Casiopea la constelación que brillaba sobre mi cabeza? El cuerpo me temblaba por el frío, como si fuera un flan. ¡Tendré yo miedo?, pensé, que no me acuerdo bien de lo que sé. Me acordé de Cuba, de Teté Casuso, de mis perros y de mis árboles, en Punta Brava. Yo me dije: "a lo mejor, en la guerra, cuando uno tiene un recuerdo es porque se tiene miedo". Pero no estaba convencido. El



relevo de las doce, un gallego de imponente vozarrón me dijo:

—Camarada, tienes frío. Toma esta manta y ya luego nos arreglaremos. Pero no sabes dormir en la tierra. Echa p'acá, hombre.

Y me hizo una especie de almohadilla con paja y piedras que quedó muy bien.

—Siguen tirando esa gente—le dije.

—Sí, pero no hagas caso. Es que tienen miedo. De noche le tiran hasta a su sombra. Y me fui durmiendo sin sentirlo, como en la cama de un príncipe, recordando el cuento de la cantimplora herida, de un soldado bisono que al entrar en fuego sintió un balazo y se sintió húmedo y se vio correr la sangre. La sangre que sólo era el vino de la cantimplora pasada por una bala...

La guardia de las dos me despertó.

Lloviznaba y todos tuvimos que recogerlos en una chabola. Allí, unos sobre otros, dormimos. El agua goteaba, pero no era lo mismo que a la intemperie.

El amanecer. Un hombre se levantaba y a todos los movilizaba. Pisaba a unos, tropezaba con otros, algunos lo insultaban, soñolientos aún. El agua de las goteras orría por las mantas. Hacía más frío aún que por la noche. Lloviznaba sin cesar, pero era una lluvia fina, impalpable casi. Fuera de la chabola, en un rincón del parapeto, unos milicianos, con cara de sueño, sin lavar, cubiertos por las mantas, se calentaban las manos en una pequeña hoguera y preparaban un poco de chocolate. Una serie de balas explosivas estallaron contra el parapeto.

—Ya empiezan esos cabrones—dijo uno—. Y, en efecto, comenzó la función. Los francotiradores, los "pacos", no descansaron.

A nuestra izquierda, a unos veinticinco metros, quedaba un parapeto aislado. Cinco hombres lo cubrían. El espacio entre nosotros quedaba bajo el fuego directo de una ametralladora enemiga. Un hombre se levantó allí y enseñó un pedazo de jamón:

—El que tenga cojones que venga por él—gritó—. Y en seguida uno de los que estaban haciendo el chocolate dijo: "Eso me completa el desayuno", y lo fué a buscar. A la vuelta, la ametralladora lo persiguió, pero todas las balas picaron atrás, contra las rocas. Después ofrecieron vino, y también lo fueron a buscar bajo las balas. Y si no se levanta el teniente hubieran continuado aquellas imprudencias temerarias de que ya me había hablado. El último hombre que cruzó tuvo que quedarse allí.

La Chata, una hermosa muchacha, de negro pelo estatuario, vino a nuestra chabola a tomar el desayuno.

—Oye, esta barraca es sólo para hombres—le dijo uno en broma.

—Buena, pero es que yo también soy un hombre ahora—respondió—. Y uno me dijo:

—Esta se duerme en los parapetos.

—No seas embustero. Mira que no estoy de buen humor—le contestó—. He tenido ahora una discusión con Lolita, en el parapeto de al lado.

—¡Una camilla... Un hombre herido!—se asomó uno, urgiendo.

Todos salimos rápidamente. Disparaba el enemigo a descargas cerradas inútiles. Pero del suelo recogían su cuerpo inerte. Era Lolita Máiquez. Sólo tenía diecisiete años. Me había leído la carta última de su mamá, contenta de saber que muy pronto tendría permiso para volver a Madrid. En la carta le decía: "Dime si es cierto cuando vienes para ir a la cola a buscar carne." La madre es vendedora de periódicos y ella era aprendiz de modista. Se había portado como un héroe en el combate del día 22 de septiembre. Era pequeña, una sería muchacha simpática. De su parapeto había cruzado al vecino para buscar unos gemelos y explorar al enemigo. En el punto más alto del cruce, si no se arrastra uno, se pasa a la descubierta. Fué imprudente y cayó, sin una palabra, sin sangre. Pero llevaba ya ese lívido color de la muerte, que se parece al de un canario enfermo. Mas es ridículo comparar con nada a una muchacha muerta en la guerra. Llevaba la cabeza abatida. Los compañeros la evacuaron bajo el fuego. Dos veces cayeron y pensamos por un segundo que tendríamos que ir a recogerlos también, pero sólo era el apuro que tenían por llegar al puesto de emergencia.

—¡Pobre Lolita!—dijo "la Chata", su compañera de parapeto, mientras se peinaba su tumultuosa cabellera negra. Y la tristeza hizo el silencio mientras el enemigo disparaba, respondiéndole nuestras guardias.

—Y que no hay esperanzas; porque herido que no habla, ese está mal—dijo otro.

En efecto; cuando regresaron los hombres se supo. Había muerto en el acto. Una bala le había partido la aorta. El teniente Ruiz tomó mi pluma y escribió el parte de guerra.

Luego salió a recorrer los parapetos, y fui con él. En cada uno regañó enérgicamente a los hombres.

—Tú, ¿qué haces sin el correaje? Aquí va a haber que dar las órdenes a tiros. Estas muertes me indignan. Aquí no venimos a morir, sino a matar. Sólo venimos a morir cuando vamos al ataque, cuando vamos a cambiar la vida por un objetivo. La vida que traemos al parapeto no es nuestra. Ya lo ha dicho el partido Comunista. Es de la revolución. Y un muerto no es sólo un compañero que cae. Es un rifle menos para matar fascistas. Ustedes tienen miedo. Tienen miedo a que los demás se crean que tienen miedo. Y hay que acabar con esto. Y no hay que ser más valientes porque haya mujeres. Aquí las mujeres son hombres. Porque aquí sólo hay rifles de la revolución. Aquí no hay sexos. Y del parapeto no se sale sino cuando es imprescindible. Y si sale hay que salir así. Y, arrastrándose, el teniente Ruiz pasaba de posición a posición, recriminando a los hombres su imprudencia.

Pero estaba colérico. La muerte de Lolita Máiquez lo había puesto violento.

—¡Cabrones!—decía—. Tenemos que vengar la muerte de Lolita. Como venga hoy un parlamentario a dejar prensa, nos lo cargamos.

—No, teniente; no puede ser eso—le objetó muy seriamente un miliciano.

—¿Qué? ¿Lo vamos a dejar llegar? ¿Acaso ellos han respetado nunca los parlamentos? ¿Acaso en Madrid, y en Barcelona, y en Oviedo, y en todas partes, no han utilizado los parlamentarios para ametrallarnos cuando nos acercábamos?

—Pues por eso mismo, teniente, porque nosotros no podemos ser como ellos—replicó el miliciano.

Mas el teniente Ruiz estaba empeñado en vengar la muerte de Lolita, y al cabo dió con la fórmula. Dijo:

—Ahora, de once a once y media ellos traen la comida a su parapeto. A esa hora, a una señal, todos disparamos sobre el objetivo. Alguno caerá. Y escogió los tiradores. Allí había varios que habían peleado en Africa. Un filipino, estupendo tirador; dos carabineros; él mismo. Yo tomé el rifle que había dejado Lolita Máiquez.

A los cuatrocientos metros un hombre no es fácil blanco. El filipino, Angel Ruiz Melendreras, sin embargo, había estado siete años en Marruecos. Le vi meter dos peines consecutivos por una tronera fascista. Julián Romero, cabo de carabineros, que tenía miles de historias que contar, pequeño, barbudo, triguero, tiraba también estupendamente. Y otro carabinero de gafas, joven, tenaz. Ellos me fueron corriendo la puntería hasta que



•Padial/37

coliqué mis balas en los sacos terreros de los fascistas.

Se les vió venir, aproximarse al parapeto, y a una señal hicimos fuego. El peine entero y en seguida otro más. Cayeron. No sabemos si muertos o heridos, porque al suelo se tumba uno cuando silban las balas próximas. Pero ellos contestaron furiosamente. Y tirando con tal precisión que la tronera de observación desde donde disparaba el teniente fué acerbillada. Una bala, pasándole bajo el brazo en que se apoyaba sobre el saco, rajó a éste. Inmediatamente otra levantó un poco de tierra.

—Me cazan—dijo Ruiz echándose a un lado—. Han localizado con los gemelos esta tronera. Y apenas lo dijo, una ráfaga entera de ametralladora silbó por ella. Decir que pasan como un mosquito de acero es parecido, pero no es exacto. Su silbido semeja al de un hilo de alambre vertiginosamente enrollado desde el infinito. Un miliciano se agachó y taponeó la aspillería con una piedra. Dos balas explosivas se rompieron contra ella.

—Me figuro que les hemos hecho alguna baja—le dije al teniente.

Este, satisfecho, me contestó:

—Lo creo, porque han reaccionado como nosotros cuando nos mataron a Lolita.

Después, unos se aburrían y se echaron a dormir y otros continuaron el tiroteo. Yo, con los gemelos, iba comprobando el efecto de los disparos que hacía. Me gustaba aquello. Pero mis maestros, el filipino Ruiz Melendreras y el cabo Julián Romero, se pusieron a hacer relatos de la guerra de Marruecos y me puse a escucharlos. Aunque el día continuaba triste, gris, frío y lluvioso, habíamos sacudido un poco la pena a tiros, y teníamos la esperanza de haber hecho bajas. Aún, un compañero desde el parapeto próximo, no dejaba dormir a los otros con el estampido constante de su mosquetón.

El filipino recordaba a los "Hijos de la noche" y a los "Caballeros de la luna", grupos de hombres arriesgados, audaces, que en Africa salían por la noche en busca de los tiradores furtivos que tanto daño le hacían a las columnas, y recordaban al famoso "paco" de Xauen, que estuvo dos meses, desde lo alto de una montaña inaccesible, matando soldados.

El cabo Romero recordaba sus aventuras. Cuando yendo en un tanque cayó en un barranco y estuvo sitiado dos días por los moros, comiendo la carne cruda de una oveja que lograron meter dentro. Y cuando estuvo prisionero siete meses, en un morabito, al cuidado de un santón, en Reana, por zoco El Arba de Beniharan, hasta que un cabo de la Legión Extranjera mató de un palo una noche al santón, y pudieron escapar, los únicos supervivientes que quedaban, vestidos de moros, hasta la frontera francesa, y allí los recibieron a tiros, y se salvaron gracias al hallazgo de una letrina, en donde se refugiaron hasta la llegada del día, en que a gritos aclara-

ron que eran españoles fugados de una prisión de los moros.

Y después contó la danza de las gumias, para hacer santones, que presenció en el campamento de Terejira, en Larache, donde todos estaban vestidos con chilabas y jaiques de gran lujo.

Y la fiesta del cordero, que hacen un día al año, y para la que escogen al más ágil y potente corredor, y a la puerta de un morabito degüellan un cordero joven, y el corredor, a la desesperada, cruza el pueblo y lo lleva hasta la puerta del morabito opuesto, y si llega con vida, palpitante aún, será que habrá buen año, si no, el año será malo.

Y el filipino contó la vida de los legionarios; cómo se gastaban todos los "cuartos", "porque un día u otro tenían que morir"; los brutales castigos que inventaba Franco para mantener la disciplina; la pena de un mes dando pico y pala, sin armas, en la primera línea...

Así, bajo la llovizna, los disparos y los recuerdos se fué pasando el día. A cada rato, el joven carabinero de espejuelos, que se había propuesto hacer bajas en el enemigo, llamaba la atención de algo y disparábamos. Uno recogió en nuestro parapeto más de trescientos casquillos para utilizarlos de nuevo.

Al atardecer sonó el teléfono. Había sido instalada aquella noche y esta llamada era la inauguración de la línea hasta el parapeto. Ya, dentro de la chabola, estaba oscuro.

—Llama al teniente, tú, que suena el teléfono.

—¡Cómo!—dijo Ruiz, y todos nos quedamos callados—. ¿Pero está confirmado? ¡Muchachos! Los mineros están combatiendo ya en Oviedo...

Se olvidó la muerte de Lolita Máiquez. Uno dijo:

—¡Ya está vengada! Y desde los parapetos comenzaron las voces a llamar a los fascistas para darles la noticia. Aún era temprano y no podía sacarse la cabeza sobre el muro, pero oyeron muy bien y contestaron que era mentira.

La tarde, ya alegre, se llenó de espíritu. "La Chata" cogió una tabla y le puso la guerrera de un soldado y un casco y lo asomó sobre el parapeto. Inmediatamente comenzó el fuego fascista. Detrás del parapeto, los milicianos se divertían mientras las balas daban en el muñeco.

Y, en nuestra chabola, los milicianos, recordando las vacilaciones de la revolución de octubre de 1934, comentaban:

—Y ahora hay que destruir lo que sea si los fascistas se refugian en ello.

—Y se destruye la catedral si hace falta. A hacer puñetas con el arte gótico y con el arte antiguo. ¿O es que acaso el arte moderno no es también arte y tan respetable como el antiguo? ¡Se hace otra catedral si hace falta, cojones!

Y cada vez que sonaba el teléfono se hacía el silencio y brillaban más los cigarrillos anhelantes.

PABLO DE LA TORRIENTE-BRAU

DEFENSA DE LA CULTURA



500 millones para Instrucción Pública

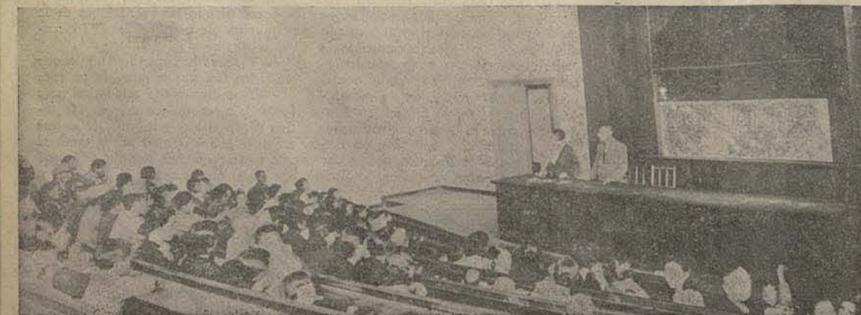
La «Gaceta de la República» ha publicado el resumen general del Presupuesto del Estado. De él se deduce que para las atenciones del Ministerio de Instrucción Pública y Bellas Artes se destinan 496.559.668 pesetas. Mucho más que para el Ministerio de la Guerra, que son 407 millones; más que para el de Gobernación, que son 298 millones; más que para el Ministerio de Agricultura, que son 111 millones; más que para el de Comunicaciones, al que se destinan 249 millones de pesetas; más que para el de Marina, que tiene 431 millones; más que para el de Trabajo, Sanidad y Previsión, al que se destinan 90 millones... Sólo el Ministerio de Obras Públicas le supera, pues alcanza la cifra de 668 millones de pesetas.

El nuevo Presupuesto es un triunfo de la cultura. Causará sensación, no sólo en España, entre los trabajadores y los combatientes, sino en el extranjero, por demostrar que el Gobierno del Frente Popular no se ocupa de un modo exclusivo de la guerra, sino también del futuro porvenir de España.

DIEZ MILLONES DE PESETAS PARA LA LUCHA CONTRA EL ANALFABETISMO

Nos informa el compañero Ramón Ramírez, director de «El Magisterio Español», órgano de la Federación de Trabajadores de la Enseñanza: «El nuevo Presupuesto nos demuestra que entre las preocupaciones fundamentales del Gobierno del Frente Popular ocupa un lugar muy destacado, extraordinariamente destacado, el propósito de elevar el nivel cultural de nuestro país.

España, por su gran porcentaje de



—Mire esta partida; siete millones para cantinas y colonias.

Nadie mejor que los maestros saben todo lo que esto significa. Marchamos hacia una nueva vida, hacia una infancia alegre y feliz que, al igual que en la Unión Soviética, sea orgullo de todo un pueblo. Los millones dedicados a cantinas y roperos nos hablan de que la infancia está camino de liberarse. Terminada la guerra, nada se escatimará para los niños. En ellos descansan nuestras esperanzas y nuestras ilusiones. También para los niños se destinan dos millones de pesetas, para juguetes, «cines», radio y deportes.

OCHO MILLONES DE PESETAS PARA INTERCAMBIO INTELLECTUAL

El compañero Ramírez de nuevo nos llama la atención sobre unas cantidades:

—Esto—nos dice—tiene grandísima importancia para la juventud. La ciencia, la literatura, la cultura en sí no tienen fronteras; los lazos entre los pueblos se afianzan por el contacto de sus mejores representantes. Así lo han comprendido nuestros compañeros del Ministerio. En el año 1937 se iniciará una corriente de acercamiento intelectual, de posibilidad de que muchos de nuestros jóvenes puedan llegar a las mejores Universidades, a los más famosos profesores; de que los maestros puedan captar, estudiar los más modernos y eficaces ensayos pedagógicos. Cerca de ocho millones de pesetas serán dedicados para tan extraordinaria obra.

En este presupuesto del Gobierno del Frente Popular se reivindica, iniciando la liberación, a una clase escarnecida y burlada por pasados gobiernos. Desaparecen los sueldos de hambre de 27.000 maestros que cobraban 47 duros al mes. Todos los maestros percibirán el sueldo mínimo de 4.000 pesetas. Doscientos ochenta y cinco millones de pesetas se destinan para sueldos de los maestros. También se crean diez mil escuelas, para las que se destinan cuarenta millones de pesetas. Todo ello sirve para que triunfe la justicia, la emancipación del Magisterio. La emancipación económica que, naturalmente, es la base de la emancipación política y social. La F. E. T. E., con sus campañas y esfuerzos, el Ministerio del Frente Popular ha resuelto la angustiosa situación de millares de compañeros, y ahora se les facilitará la posibilidad de superarse política y pedagógicamente.

TODO AL SERVICIO DEL MAESTRO

—¿Qué colaboración presta la F. E. T. E. a esta obra?

—Todo lo que sea preciso. Hemos puesto al servicio del maestro un pe-

riódico y una editorial, que antes le envilecía, deformaba y explotaba: «El Magisterio Español». «El Magisterio Español» es el único periódico profesional que se edita en la actualidad. Hemos publicado ediciones de guerra en esta época, en que los maestros luchan con el fusil en la mano por la cultura en todos los frentes antifascistas. Será, en día no lejano, el órgano diario de la clase, y los maestros recibirán más amplia orientación sindical y profesional. La editorial de «El Magisterio Español» lanzará ediciones para la formación política, social y pedagógica del maestro; libros escolares, obra de nuestros mejores escritores, y una serie de preparación metodológica. El material escolar también nos preocupa.

La F. E. T. E., que en todo momento lucha por la emancipación económica del Magisterio—termina diciéndonos el compañero Ramón Ramírez—, por medio de «El Magisterio Español» preparará y auxiliará a los maestros españoles en la grandiosa labor que inicia de levantar culturalmente a España.

L. A. G. A.

Nosotros

queremos ganar la guerra para crear un mundo nuevo en donde no existan las injusticias del niño pobre, del campesino hambriento, de la mujer sin plenos derechos.



LOS NUEVOS VECINOS DEL BARRIO DE USERA

Una extraña población habita el barrio. Los milicianos, con el atuendo característico de quien está en el frente. Forman pequeñas tertulias a las puertas de las casas. Las tertulias siguen hasta el comienzo de las trincheras... Después, ya no son tertulias en las calles, sino dentro de aquellos edificios de una sola planta. Se descansa, se lee la Prensa diaria y se discute sobre la caída de Málaga. La noticia ha acentuado el ansia de luchar, de alejar para siempre a los fascistas, tan próximos a ellos, tan próximos a Madrid. No ha desmoralizado, porque no quieren que Madrid sea Málaga.

No conocíamos aquel frente, completamente distinto de los demás. En Usera se combate de casa en casa. Se avanza de casa en casa. Descendemos a la línea de trincheras.

... que se va alejando de Madrid cada vez más. El surco en la tierra no encuentra obstáculos. Tan pronto atraviesa una calle como penetra por una pared y sale por otra, atravesando habitaciones.

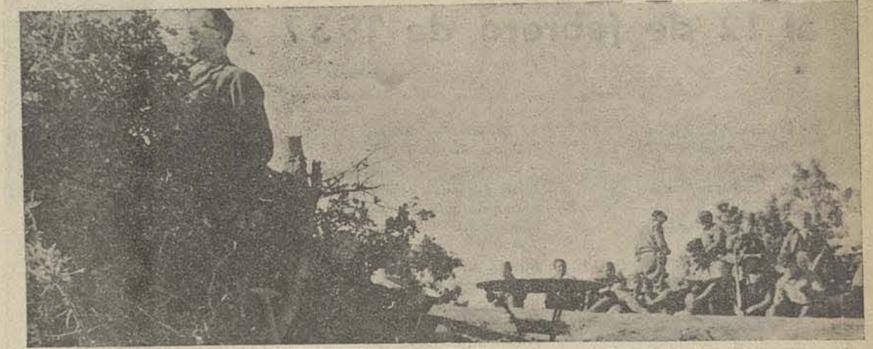
EL FUSIL, EL PICO Y LA PALA

El comisario político del sector nos explica la característica de aquel fren-



Ellos

quieren ganar la guerra, no sólo para que las cosas continúen como estaban, sino para acrecentar sus privilegios, todo a costa del pueblo trabajador.



Una línea de fuego entre casas

te. Avanzan con el fusil delante, pero junto al pico y a la pala. Los camaradas de fortificaciones tienen en la victoria tanta parte como los soldados. Durante las noches, los fascistas que se han hecho fuertes en una casa tienen miedo a quedarse en ella. Se retiran del edificio, con la pretensión de dominarlo también al siguiente día. Entonces nosotros pasamos a él con los de fortificaciones. Durante toda la noche trabajan los fusiles y los picos. Cuando el amanecer alumbra con detalle el barrio de Usera, el enemigo se encuentra ante una nueva fortaleza que defiende Madrid y que le hace retroceder. Se parapeta en otra casa... y pocos días más tarde la nueva casa es de nuevo de la República.

DE PARAPETO A PARAPETO

En los últimos metros de trinchera en dirección al enemigo hay muchas chabolas. En cada una de ellas, los milicianos comentan un suceso que ha conmovido a todo el frente. Durante la noche pasada, de unos parapetos a otros se entablaron diálogos. Pero no fueron los de siempre; aquella noche los milicianos se pusieron de acuerdo con los fascistas en que por la mañana saldrían de las trincheras con una bandera blanca para cambiarse periódicos. Y por la mañana, a primera hora, la bandera blanca apareció en el campo de batalla. De un lado a otro surgieron hombres, que se sentaron encima de los sacos terrosos, con las piernas para afuera. Al poco rato, de las respectivas trincheras se destacaron unos soldados. Estuvieron hablando durante algunos minutos. Mientras, los soldados del pueblo y los del fascismo seguían con avidez la conversación desde sus trincheras. Y al volver aquellos a nuestros parapetos, todos querían preguntar al mismo tiempo.

Habían hablado de la guerra, y a través de la charla vieron la moral de los de allá. Eran guardias civiles, requetes y soldados. Estaban poseídos de que no pasarían a Madrid y hablaban de morir antes que conseguirlo.

EL CONSEJO DEL COMISARIO DE GUERRA

Cuando el comisario de guerra del sector se enteró de la entrevista recorrió todos los parapetos, hablando a los milicianos. El Mando tiene prohibidas estas charlas en los frentes sin su conocimiento y aprobación. Cuando ellas se realizan de la forma que éstas, son perjudiciales, porque no se consigue nada. Y cuando hay que hablar a los que combaten al otro lado, hay que decirles el carácter de nuestra guerra y el porqué luchamos nosotros y luchan ellos.

Los camaradas que concertaron la entrevista lo hicieron inconscientemente, y después ellos mismos se preguntaban qué resultado práctico ha-

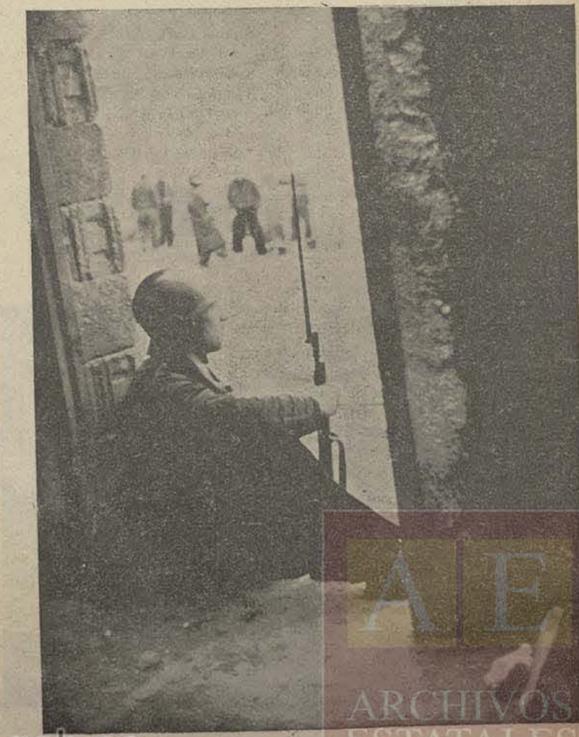
bían conseguido. El comisario de guerra les recordó cómo hay que dirigirse al enemigo cuando él tiene la moral de los soldados que hablaron con ellos y cuando éstos son andaluces, como uno de nuestros batallones que combaten en el frente de Usera.

ANDALUCES A UNO Y OTRO LADO

Porque en el barrio de Usera hay andaluces a uno y otro lado. Los de acá son campesinos que pudieron escapar a tiempo del terror fascista y después se organizaron en una unidad militar para combatir a los verdugos de su tierra; los del lado de allá son campesinos que no pudieron huir de las regiones andaluzas cuando éstas fueron tomadas por los fasciosos, y en unas y en otras levas han sido enrolados en las fuerzas fasciosas que pretenden romper la muralla de Madrid. Los paisanos de la misma tierra se han reconocido desde los parapetos—tan juntos y tan separados a la vez—en las noches tranquilas en que se grita al enemigo. Nuestros milicianos les han invitado a que luchen a nuestro lado, recordándoles las ma-

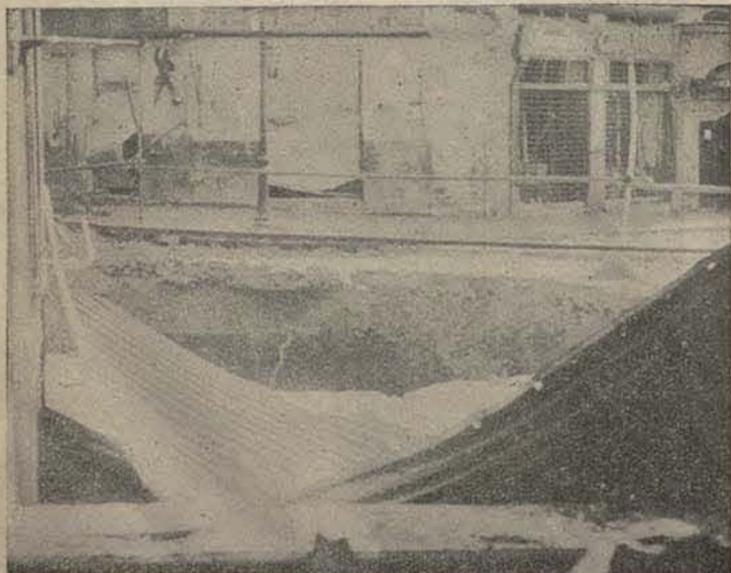
—Hay que tener obediencia al Mando. ¡Y disciplina, disciplina!

MANUEL ORETAG



DONATIVOS recibidos por el Comité Provincial de Madrid, del 1 al 12 de febrero de 1937

Pesetas	Pesetas
5.ª División, 38.ª Brigada, Primer Batallón, 3.ª Compañía 413	5.ª División, 38.ª Brigada, Primer Batallón, 3.ª Compañía 413
Milicias Segovianas Antifascistas 1.395,50	Juventud Izquierda Republicana de Aranjuez (entregado por la Directiva Nacional) 1.400
Comandante 2.º Batallón, 44.ª Brigada, Julio Carrera 310	Personal de Hierros y Tubos Industriales, S. A. 79
Conductores del Socorro Rojo Internacional 1.064,15	José María Estrugo 290,75
Talleres de Sondeos y Cementaciones de Obras Públicas 441	Vicente Rojo 25
Comandancia del disuelto 5.º Regimiento 200	Personal del Cuerpo de Trepas de Lozoyuela 275
Hospital de Carabineros del Socorro Rojo Internacional 159,50	Luis de Lizarriturri 10
Personal del Cuerpo de Lozoyuela 235	Grupo 160 de Fortificaciones 15
El personal del Matadero de Vallecas y Mercado de Olavide 211	Escolta Presidencial (Destacamento Madrid) 76
Sociedad "Uralita" (por el general Miaja) 1.000	Manolita Alarcón 5
Comité Local de Cercedilla 567	Antoñito Alarcón 5
Por multas al personal de la Casa "Francisco Casas" 126,90	Cristina Va'deviejo García 8
Obreros y empleados de la Sociedad Española de Oxígeno 344,50	Oficiales y personal de la Agrupación Hipomóvil... 638,15
Teresa Rubio (por el general Miaja) 5.000	Consejo Obrero del Metropolitano 15.990,05
Severiano Díaz (por el general Miaja) 210	Hospital Central Antivenéreo de Milicias y Ejército. 250
José María Estrugo 290,50	3.ª Compañía "Pasionaria" (Buitrago) 500
Casa "Gayo" (Bar) 225	General Miaja 491,90
Donativos de Comités de Casas 181,50	Sociedad de Canteros Marmolistas de Albacete... 198,70
Donativos de varios:	Enrique Muñoz (mitad de haberes de milicianos) ... 400
Juan Isern 100	Personal de la Papelera Española 141,95
Leandra del Castillo 100	Como donativo de unas pieles para gorros de unos camaradas antitanquistas.. 1.400
Luis Blanco 691	Comité de servicios contra incendios 125
Varios particulares 108	Brigada Mixta, Batallón número 2 144
Varios Batallones 96,35	Brigada Stajonov, Partido Comunista 705,50
Los artilleros de la Batería 15,5 del comandante Carrero 200	Sociedad Española del Acumulador Tudor 550,70
Sección de Transmisiones... 456,50	Sección de Reclutamiento... 961
Agrupación Volanta de Artillería 360	Trabajadores de la Tierra de Tarancón (por el general Miaja) 2.567
Guardia Nacional Republicana 241,75	Sindicato del Petróleo de la U. G. T. 180
2.º Regimiento núm. 4 2.267	Escolta Presidencial (Destacamento Madrid) 103
Plana Mayor, Brigada 49.ª Mercedes Greciano 5	Organizaciones 143
Alejandra García 2,50	Varios particulares 102
Tren Regimental, Brigada 49 81	Comités de Casas 65



Estampas del Madrid heroico

LA PUERTA DEL SOL DE NOCHE

La Puerta del Sol de noche es como una olvidada tumba abierta al espacio. De vez en cuando, un visitante inoportuno irrumpe su tranquilidad. Mira la Puerta del Sol con ojos luminosos, y cuando su vista ha pasado por las fachadas, queda aún más oscura la plaza.

Si la Puerta del Sol se enfada, no quiere visitantes. Coloca, frente a la luminisidad del automóvil nocturno, la lucecita llamativa e inquisitorial de una linterna eléctrica.

Y la impertinencia gana no solamente a la luz de los faros, sino que inquiere en la personalidad de los viajeros.

La Puerta del Sol es por la noche como una gran tumba abierta al espacio y herméticamente cerrada a pocos metros a la redonda; la Puerta del Sol, de noche, es también una fortaleza contra el fascismo, porque su oscuridad es una trinchera, un parapeto frente a los aviones extranjeros.

DON QUIJOTE Y SANCHO

Las figuras legendarias de Don Quijote y de Sancho continúan erguidas en la Plaza de España. El conjunto está rodeado de una trinchera abandonada poco después de comenzar su construcción. Festoneando el paseo, el riachuelo seco y terroso se extiende en zig-zag alrededor de Don Quijote y Sancho.

Sobre la Plaza de España han volado muchas veces los trimotores alemanes, y su espacio es constantemente rasgado por los obuses del lado de allá. Pero aquella trinchera da la impresión que es la más inexpugnable de Madrid. Y pasará a la Historia por haber salvado de la barbarie del siglo XX al caballero español de renombre mundial.

UNA BOMBA EN CONDE-DUQUE

Una potente bomba de aviación abrió las entrañas del asfalto para enterrar la metralla en la vieja calle del Conde-Duque. En el fondo del hoyo hay agua de lluvias y de cañerías, mezclada con cascotes, hierros reforzados... Desde un gran poste, en actitud de reverencia, cuelgan varios cables sin nervios. Miden la profundidad de la herida para gritárselo al mundo entero a través de sus comunicaciones deshilachadas.

Las fachadas de los edificios, salpicadas de metralla, tienen millares de ojos. Y observan al hoyo, que espera la derrota del fascismo para cubrir su bárbara desnudez con nueva tierra madrileña.

Proyecto de resolución

El Pleno nacional del Socorro Rojo de España, celebrado en Valencia los días 7 y 8 de febrero de 1937, con asistencia de 44 delegados, en representación de 350.000 afiliados, aprueba por unanimidad el informe del secretario general del Comité Ejecutivo, camarada Vega, y la siguiente

RESOLUCION

1.º El levantamiento fascista, al quebrar momentáneamente los organismos del Estado español, puso ante el Socorro Rojo la grandiosa tarea de organizar la Cruz Roja del antifascismo para acudir en auxilio de los combatientes y de los caídos en la lucha.

2.º El Socorro Rojo de España tomó sobre sí importantes trabajos de Sanidad y Abastecimientos, trabajos que a través de la lucha han alcanzado proporciones enormes, y que ahora son entregados al Gobierno del Frente Popular para fortalecer los organismos oficiales.

3.º El Pleno comprueba con satisfacción que el Socorro Rojo ha contribuido poderosamente a aliviar la situación de millares de personas, mujeres y niños, que han sufrido los más brutales golpes por parte del fascismo invasor, y recomienda a todos los Comités que multipliquen sus esfuerzos para apoyar más aún a esas víctimas.

4.º Los delegados reconocen la necesidad de intensificar los trabajos de solidaridad internacional, la lucha contra la reacción y el fascismo en otros países y las campañas por la libertad de Thaelmann, Rakosi, Prestes y los millares de antifascistas que sufren en las prisiones y campos de concentración.

5.º El Pleno pone en primer pla-

no de las actividades del Socorro Rojo el desarrollo del espíritu de solidaridad en la retaguardia, con el fin de aumentar la ayuda a los frentes y de acoger fraternalmente a los millares de evacuados, especialmente mujeres y niños, que abandonan sus hogares, pueblos y ciudades, huyendo de los horrores de la guerra.

6.º Los informes de los delegados ponen de manifiesto la popularidad y desarrollo del Socorro Rojo, lo que hace indispensable para asegurar todos los trabajos, para mejorar los cuadros de dirección, elevando su nivel político, clarificando el papel del Socorro Rojo Internacional en la situación actual, eliminando los brotes de burocratismo que pudiera haber y asegurando la incorporación de nuevas fuerzas a los puestos de dirección. Al propio tiempo los delegados aprueban la centralización de los fondos nacionalmente, estableciendo un tope en la cantidad que obrará en poder de los Comités para los gastos normales, pasando el sobrante al Comité Ejecutivo, para que éste acuda a cubrir las necesidades más urgentes en cualquier punto del país.

7.º El Pleno recomienda intensificar los esfuerzos para estrechar las relaciones con los antifascistas de todas las tendencias, especialmente con los militantes de la Confederación Nacional del Trabajo, que tan decididamente luchan contra el fascismo, como asimismo para incorporar al S. R. I. a las abnegadas mujeres que tan activamente participan en la defensa del suelo español contra sus invasores.

Todos los delegados se comprometen a multiplicar su actividad en las provincias respectivas, para coordinar y unificar la poderosa corriente de solidaridad existente en nuestro país.

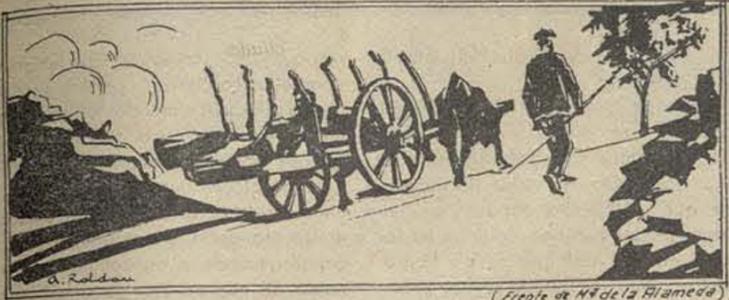
A nuestros concursantes

Cerrado el plazo de admisión de nuestro Concurso de Cuentos infantiles el día 13, ponemos en conocimiento de nuestros concursantes que, debido a la gran cantidad de originales recibidos, retrasamos el fallo, que se publicará en el número del 6 de marzo.



LA HEROINA

(DE NUESTRO CONCURSO DE CUENTOS INFANTILES)



(Frente de Hª de la Alameda)

Remontando la cuesta de un camino, blanco y limpio por el sol de julio, rodaba una carreta, tirada por una pareja de bueyes. El chirrido que producían sus ruedas parecía como un lamento que cayera barranco abajo. Era un lamento de protesta contra tanta miseria. Era la queja de los humildes que trabajan y trabajan...

Delante de los bueyes caminaba un hombre. Llevaba una larga vara sobre el hombro, con la que a veces guiaba a los dos animales, y en sus labios reverdecían las notas de una vieja canción de Castilla. Al paso de los bueyes y a un extremo del carro, también caminaba una mujer que sostenía a una niña, muchachita que no contaría más de nueve años. Era rubia como el oro y blanca como la nieve. Sus padres la llamaban Nina.

Las tres siluetas humanas se distinguían sobre la carretera, larga, infinita, que los bueyes, ya cansinos, subían lentamente...

Las faenas del campo habían concluido, y aquel matrimonio y su hijita se dirigían al pueblo. Un pueblito de la Sierra que mostraba sus paredes blancas en lo alto de un cerro, como si fuera un nido de cigüeñas humanas. Al hombre y a la mujer les esperaba allí arriba mucho que trabajar todavía. A la niña sólo le preocupaba su muñeca de trapos o sus ajuares de cocina infantil, que le esperaban desparramados por el suelo de su casita.

Llegaron al pueblo y lo encontraron triste. No había nadie en él. Los chiquillos tampoco corrteaban por sus calles. Todo era silencio. Una calma absoluta envolvía la aldea. Sólo el caño de una fuente dejaba escapar a borbotones el agua, rompiendo el silencio de la tarde al rodar sobre las rocas.

Juan, el hombre de la carreta, dirigió a su compañera una mirada de extrañeza, como preguntándose el motivo de aquella quietud. La niña también quiso penetrar en el secreto de aquella soledad. Como respuesta, sólo recibió un beso que su madre le ponía en la frente. ¿Qué había pasado?

De pronto vieron venir calle abajo a unos mozos armados de palos y hoces. Otros llevaban escopetas de caza,

y todos gritaban palabras entrecortadas por la carrera. Algunos se acercaron al hombre de la carreta:

—Pero ¿no sabes lo que ocurre, Juan? Ha estallado una sublevación contra la República, y la Guardia civil y los fascistas vienen armados desde Avila. Es preciso que nos defendamos.

Y Juan, el hombre de la carreta, corrió con ellos, dejando a su mujer y a su hijita, llenas de asombro, en medio de la calle. ¡Había que salvar la República!

Madre e hija se dirigieron apresuradamente a su casa, pero no tuvieron tiempo. En todas direcciones vieron retroceder a la gente aterrada, y los hombres, que no cesaban de disparar sus escopetas. La Guardia civil traía ametralladoras, y aquellos labradores no podían hacerles frente. Y los hombres todos marcharon hacia los pinares, hacia los montes, en busca de auxilio.

A lo lejos, Nina divisó mucha gente montada en automóviles. Eran los fascistas con la Guardia civil, que venían gritando: "¡Viva el fascismo! ¡Muera la República!" Ella era una niña y no comprendía, pero sintió miedo. Si su padre y todos los del pueblo no los querían, es que no eran buenos.

Nina pensó en su padre, que estaba luchando contra aquellos invasores, y se mordió los labios. ¿Por qué venían a perturbar la tranquilidad del pueblo, si nadie les había hecho daño alguno? Y a pesar de no encontrar resistencia ninguna, las ametralladoras de aquellos bárbaros seguían sembrando el pueblo de espanto. Nina vio cómo caían mujeres y niños atravesados por las balas. Corrieron a refugiarse en una casa, y no tardaron en llegar aquellos hombres, amenazando a las mujeres y pegándolas con las culatas de los fusiles si no decían dónde estaban los hombres del pueblo. Nina oyó a un niño de tres años que decía a los hombres: "Papá marchó; le vais a matar." Pero no querían oír. Sólo repetían constantemente: "¿Dónde están los hombres?" Y las pobres mujeres lloraban, sin poder hablar.

Aquellos monstruos de sombrero de charol y bigotes encerraron a las mu-

jes hasta que declararan dónde habían ido sus maridos o sus hermanos. Un guardia se llevó a Nina. Quería así dar más tormento a la madre encerrada. La niña tuvo que salir, porque aquel hombre de sombrero de charol le amenazó si volvía por aquel lugar.

Nina anduvo por la calle, sin saber qué hacer ni adónde ir. Se escondía si veía pasar alguna persona. Tenía miedo, y sintió deseos de buscar a su padre. Le contaría todas las atrocidades que hacían aquellos hombres. Pero su padre estaba lejos, y si volviera allí le matarían.

Aquella niña, rubia como el oro, blanca como la nieve, se había sentado y sintió sueño; pero unos pasos fuertes sobre la calle, que se acercaban, la despertaron.

Eran prisioneros los que venían. Mozos del pueblo, que la Guardia civil, con otros hombres muy bien vestidos, traían atados codo con codo. Nina reconoció a casi todos. Allí iba su vecino, el señor Andrés. Vió también a Pedro y a Feliciano "el Cojo", que marchaba trabajosamente. Todos mostraban la cara amoratada por los golpes. Pero lo que a Nina le dió más pena aún fué al ver al "tío Casiano", como en el pueblo le llamaban, tan viejo, con el pelo blanco, y tratado a culatazos. Y en su corazón de niña se despertó el odio contra aquellos hombres sin entrañas. ¿Por qué hacían aquello? El tío Casiano llevaba lágrimas en los ojos. Los demás, mozos casi todos, iban con la frente alta y caminaban serenos. Al pasar junto a Nina, Feliciano "el Cojo" la miró con cara risueña. Pero la niña se estremeció. ¿Adónde los llevaban?

Quiso seguirles. El sol se había ocultado y no la verían. Quería enterarse lo que iban a hacer con aquellos hombres para contárselo a su padre. Y cuando se habían alejado un poco, Nina continuó detrás. Marchaban con dirección a la ermita y ella se ocultó detrás de unas cercas próximas al lugar donde se habían parado. Entonces pudo ver cómo colocaban a los prisioneros en fila. Después, sobre los pies, les ataron un crucifijo. Aquella niña no podía comprender por qué les hacían aquellas cosas si los iban a matar. Los que conducían a los prisioneros también se pusieron en fila. Habían levantado los fusiles y apuntaban a los hombres atados.

Cuando el que mandaba la fuerza estaba a punto de ordenar que dispararan, sin saber de dónde, surgió en medio del campo una niña que se aproximaba hacia ellos. Daba voces de ¡no! ¡no! Era Nina, que se acercaba corriendo ante aquellos hombres

de gesto fiero que iban a hacer fuego sobre sus vecinos. La pobre niña tenía lágrimas en los ojos y una palidez de cera cubría su rostro. Se colocó delante y pidió que no hicieran nada a los hombres atados. Todos eran buenos y no habían hecho nada. "No les matéis", decía llorando. El que, al parecer, mandaba, miró a la niña un poco pensativo. Después ordenó que la llevaran lejos de allí.

Nina hubo de marcharse. No le hacían caso. ¿Por qué eran tan malos algunos hombres? Pensaba en su padre lejos de allí y en su madre encerrada. Se acordaba de muchos días cuando su padre la sentaba en sus rodillas y le contaba muchas cosas al lado de la lumbre. Otras veces les leía a ella y a su madre algún libro que traía de la Casa del Pueblo. Nina escuchaba aquellas cosas que les contaba, y pensaba que algún día los hombres habrían de ser buenos como su padre y se ayudarían los unos a los otros sin tenerse odios.

En todas estas cosas pensaba Nina, cuando un ruido atronador le hizo cerrar los ojos. Se acordó de sus vecinos, de aquellos prisioneros, y aquel ruido significaba algo terrible para ella. Seguramente los habrían matado. ¡Ay si su padre lo supiera!

De nuevo corrió hacia aquel lugar, sin querer acordarse de aquel hombre que la había echado de allí. Al llegar, vió en el suelo a los seis vecinos. La noche había dejado todo en sombras y no los podía distinguir. Con voz muy queda llamó. Nadie le contestaba. Volvió a llamar, diciendo: "Soy la hija del tío Juan", y entonces vió que uno se movía. Sintió en su cuerpecito un extraño temor, pero se dirigió hacia él. Pronto reconoció que era el señor Andrés. Las balas le habían rozado solamente el hombro izquierdo y se había fingido muerto.

Con gran destreza la niña quitó las cuerdas que sujetaban a su vecino, aunque aquellos nudos resultaban demasiado fuertes para sus manecitas tan pequeñas y delicadas. Cuando hubo dejado libre los brazos del señor Andrés, se fueron a ocultar en unos barrancos próximos. Al día siguiente notaron en todo el pueblo gran agitación. La Guardia civil tenía todas las calles vigiladas y había mucha gente extraña.

Al señor Andrés le devoraba la sed de los días anteriores, llenos de tragedias, pero no podía salir sin que lo vieran. Nina decidió salir por agua. Era una niña y la gente no repararía en ella. Y salió camino de la fuente. Esta se hallaba bastante lejos de donde ellos estaban. Era la misma en que el día anterior se pararon con la ca-

rrera. Junto a la fuente había muchos hombres cogiendo agua que ella no conocía. Buscó algo para llenar y no encontró más que un bote grande en una acequia. Corrió a la fuente, y después de haberlo lavado bien, lo llenó de agua y se dirigió apresuradamente donde su vecino la esperaba oculto. Se lo entregó llena de alegría, y el señor Andrés pudo saciar aquella sed que le devoraba.

Así llevaban dos días sin poder alimentarse. Y Nina también trajo unas cuantas manzanas, verdes aún, que pudo coger en una huerta de los alrededores.

Al día siguiente, con gran sorpresa para los dos, oyeron gran tiroteo en las cercanías del pueblo. Nina notó que su corazón latía con más ímpetu. Una mezcla de temor y alegría a la vez oprimían su corazón a los ruidos de lucha que se iban aproximando. Sin duda serían los del pueblo que llegaban y entre los cuales vendría su padre. ¡Qué de besos le daría! Además le contaría todo lo que había pasado.

En efecto, los que llegaban eran los del pueblo. Venían acompañados por más gente. Estos eran doscientos milicianos al mando del coronel Mangada. Eran los muchachos del Batallón Asturias, que dirigía aquel militar del pueblo que con cariño llamaban camarada Mangada.

Cuando éstos entraron por fin en las calles del pueblo, la Guardia civil y aquellos otros de las banderitas blancas buyeran hacia Avila.

Las mujeres pudieron volver a ver la calle, y Nina corrió hacia donde estaba su madre encerrada y abrió las puertas de par en par, echándose a sus brazos. La tranquilidad y el sosiego llegó con aquellos muchachos, con aquellos milicianos del Batallón Asturias al mando del glorioso luchador Julio Mangada.

Nina pudo entonces abrazar de nuevo a su padre, y el señor Andrés, a quien Nina había casi salvado la vida, contó cuanto la niña había hecho por los prisioneros para que no les fusilaran. El acto heroico de aquella muchachita corrió de boca en boca por el pueblo y todos dieron en llamar desde entonces Heroína a esta niña de nueve años, rubia como el oro y blanca como la nieve.

Y por los alrededores de aquella aldea, monte arriba, los bravos milicianos de la columna Mangada seguían defendiendo la República bajo el sol agotador del mes de julio.

Lema: VENTISCA

"Oselito" en AYUDA

—Oye—pregunté—: ¿cuántos padrenuestros hay que resá aquí pa que le den a uno argo?

—¿En el Socorro Rojo?—contestaron sorprendidísimos—. ¡Ninguno!

—¿Cómo que ninguno?—insistí, sorprendido a mi vez—. Entonse, ¿aquí dan las cosa sin tené que da gracia a Dió a toa las hora der día?



Martín de León

—¡Claro!

—¿Ni al acostarse ni al levantarse?

—¡Naturalmente!

Mi boca quedó abierta por el asombro, y apenas volvió a su posición natural, continué preguntando, cada vez más intrigado:

—Bueno; los días de reparto tendrá que ve esto, ¿no? Supongo que ustedes sabrán háse estas cosa bien. Vendrá el obispo, la banda de música, las autoridades, con sus chisteras, plumas y medallas; marqueses y marquesas, viejos y empingorotados, y hasta algún que otro pobre. Como si lo vierá: correrá er champán entre los invitao; señoras, señoritas y señorones atacarán lomas de pastelillos; habrá discursos; se bailará, y, por último, se hará esa foto pa los periódico, donde aparese un pobre asustao (dergao y triste, pero vivo todavía), rodeao de señoronas y señorones, señalando er pan de la limosna, que el infeli sostiene en sus mano.

Ahora es mi amigo er que está frente a mí con la boca y los ojo abierto de par en par. Cuando ar fin habla,

su vo tiembla de contenida indignación, y sus ojo... ¡no sé, no sé, pero me parece que están buscando en mi cara er sitio der quantaso!

—Pero, Osé... ¿qué vino has bebido hoy?

—¿Yooo?...—exclamé, verdaderamente dolío—. ¿Vino yooo!... ¿Dónde? ¿Dónde está "eso"?

Seguramente mi cara reflejaría en aquer momento toa la enorme tragedia de mi forsada, ¡ay!, abstinencia vintcola, pues mi amigo, variando radicalmente de tono, me echó er brazo por ensima y me explicó qué cosa era er Socorro Rojo.

Dijo—con otras palabras más bonitas, claro—que er mundo se componía de "italianos" y "abisinios" na má. "Abisinios": los que asaban las castañas. "Italianos": los que se las comían. Es desí: explotaos y explotaos, perseguíos y perseguídores. A continuación me dijo cómo er Socorro Rojo acudía en auxilio del perseguido, de to er perseguido por defendé lo justo contra la injusto; ar debí car-

gao de rason, contra er fuerte rodeao de cañone. Explicó también cómo este auxilio penetraba en los má oscuros calabozo, en los má tristes hospitales; en dondequiera, en fin, que caía un luchadó por la causa, allí estaba este cabayero don Quijote der Socorro Rojo, con su Sancho atrás de arforjas bien repleta. Era una cosa que abarcaba er mundo, defendiendo y amparando "abisinios" contra "italianos", explotaos contra explotaos, fueran chinos o japoneses, alemanes o españoles. Me explicó también cómo millares de hombre de buena voluntad partían su pan con er Socorro Rojo pa que éste pudiera seguir por la Tierra —toas las tierras—llevando su consuelo y ayuda, sin música y sin champán, sin autoridades enlevitadas y sin señoronas y señorones. Me contó muchas cosas más, muchas, y de pronto me dijo:

—¿Y tú, Osé? ¿Qué das tú para el Socorro Rojo?

—Home... yo...—contesté, atargantao—. ¡Si yo iba a preguntá por er Socorro pa pedirle alguna cosa!

Cuando se fué mi amigo me dejó convenso.

"Eso e—me desía a mí mismo—. Tú, Osé, debe de da argo. Sí, sí; argo. Pero ¿qué doy?"

Busqué por mis bolsillo: tres palillo de diente en paro forso; el último resibo de la casa—julio 1936—; siete u ocho cartilla de abastesimiento, ¡ay!—naturalmente, este "¡ay!" va sin ache por delante—; cuatro o cinco retrato pa carné y documento, y... pare usté de contá. No tenía naíta que da. ¡Qué apuro!

Ya está to arreglao. Oselito ofrese ar Socorro Rojo una escopeta. Nadie se asuste. Oselito no es capá de matá a un gato ni de darle un tiro a un serro. La escopeta de Oselito va cargá con sal, y e una escopeta de pim-pam-pum en er tiro ar blanco de la broma. Desde AYUDA dispararé mis historieta, apuntando ar sitio de más cosquilla de mis lectores. ¿Qué da en er blanco?... ¡Risa pa un rato! ¿Que no da?... Po, amigos, ¡nos ha salio er tiro por la culata!

Er sábado próximo empiesan los tiros.

OSELITO



Problemas del nuevo Ejército Popular

Crear un nuevo Ejército, de tipo popular, particular y distinto de los ejércitos imperialistas, no es problema tan fácil y simple como algunos creen. Para crearlo es necesario el esfuerzo colectivo, la contribución de todos, la utilización de todas las experiencias, aprovechar de todo lo que hubo de bueno en el viejo Ejército, la elaboración de un Código militar que exprese fielmente las conquistas del pueblo en el terreno militar. Este Ejército no se crea con un golpe de varita mágica, sino con tenacidad, poniendo nuestro trabajo bajo una crítica seria e implacable, evitando experiencias que pueden costar caro a la defensa del país. La tendencia, por ejemplo, de algunas organizaciones o partidos a crear brigadas con elementos de una misma filiación política o sindical, es perjudicial a la unidad, a la homogeneidad, a la disciplina y obediencia, a la capacidad de combate del nuevo Ejército. Siguiendo esta orientación, desaparece el mosaico desorganizado de los grupos, bandas y columnas de los primeros días, para dejar el puesto al mosaico organizado de brigadas de la misma filiación sindical o política. Esto es dañoso, esto no representaría ningún adelanto, quebrantaría la autoridad del mando militar y del Gobierno del Frente Popular, que son los únicos que deben decidir, coordinar y mandar. Según nosotros, el problema del Ejército popular, único, está resuelto en

principio y en la práctica también, desde el momento que se están creando las brigadas y las divisiones. Igualmente está resuelto en principio el problema del mando único desde el momento en que todo el mundo, desde el último miliciano hasta el jefe del Gobierno, están convencidos de que el mando único debe existir. Ligados a estos dos problemas fundamentales para ganar la guerra, para obtener la victoria, hay otros problemas, también importantes y que piden una resolución que seguramente nuestro Gobierno está estudiando.

«Para repartir equitativamente entre la población las cargas de la guerra, es necesario implantar el servicio militar obligatorio; entendiéndolo, como lo entenderán seguramente todos, que servir en el Ejército del pueblo constituye un honor para todos los ciudadanos de la República. Si no se hace esto se sacrificarán en la lucha los mejores elementos del pueblo, que son los que deben encuadrar a la masa de combatientes, y el Ejército se verá falto de cuadros de mando firmes, capaces de dirigirle en los combates y de llevarle a la victoria.»

En este párrafo del manifiesto del Partido se resume todo lo que piensan los millones de españoles que quieren tener un Ejército fuerte, sano, potente. Ser miembro de este Ejército es un honor.

Es un deber para todos los españoles que quieren vivir libres el estar

enrolados en este Ejército. Los que hoy componen el Ejército son los mejores, los que se enrolan voluntariamente, con la conciencia clara de defender un ideal. Son los cuadros del potente Ejército, hoy, y los cuadros de los constructores de la nueva España de mañana. Obligar a un español a defender sus intereses no es una imposición, sino un deber. Obligarlo convenciéndolo. Y esto no es difícil. Es un problema de agitación y propaganda. Muchos de los que todavía no comprenden la necesidad de enrolarse en el Ejército voluntariamente, entrando en él bajo la ley del servi-



cio obligatorio, al contacto con estos cuadros se convencerán que el servicio obligatorio fué decidido para defender su país, sus intereses, su porvenir.

El servicio militar obligatorio dará a nuestro Ejército un carácter permanente, continuo, y una estructura orgánica firme, cuadros seguros, que llevarán consigo las grandes experiencias de esta guerra. Y cada español que haya participado en esta guerra será mañana un ejemplo, un instructor de las nuevas generaciones, que saturarán con sus energías y su entusiasmo el gran Ejército del pueblo español. Es necesaria esta ley, que nos permitirá organizar alrededor de los mejores hijos que hoy se batan nuestro Ejército. Y con su ayuda crear nuevos millares de dirigentes militares que necesita y necesitará la defensa de nuestro país y la defensa de la paz de los pueblos.

Los Estados fascistas establecen el servicio militar obligatorio para defender los intereses de la plutocracia, para satisfacer las ambiciones imperialistas, para ahogar en sangre las protestas del pueblo. Nosotros pedimos el establecimiento del servicio obligatorio «para repartir equitativamente entre la población las cargas de la guerra», para ganar la guerra lo más rápidamente posible, para aplastar al enemigo del pueblo definitivamente. El servicio militar obligatorio significa crear un Ejército homogéneo, dirigido por un mando único, dependiente de un solo Gobierno, del Gobierno del Frente Popular; un Ejército monolítico y potente. La implantación de este servicio resolverá un problema de enorme importancia: el problema de las reservas, que nos dará la posibilidad de tener siempre bien guarnecidos nuestros frentes y constantemente fuerzas frescas disponibles, que nos permitirá dejar descansar regularmente a los combatientes de las primeras líneas. El problema de las reservas es fundamental e imprescindible para ganar la guerra. Y sólo el servicio militar

obligatorio puede resolver felizmente este problema.

Nosotros creamos el nuevo Ejército popular. Pero todavía hay el viejo Código militar. En realidad, este Código ha muerto. No existe. Es indudable que un Ejército popular, profundamente democrático, forjado en las trincheras de una guerra de liberación nacional, no puede regirse según un Código reaccionario, borbónico, que transforma un hombre en bestia, un cuartel en cárcel; que humilla al ser humano y ensalza la ignorancia y la brutalidad, que legaliza la arbitrariedad y la prepotencia.

Es necesario un nuevo Código, un Código del Ejército del pueblo, forjado por el pueblo en la lucha contra el traidor y el invasor, creado para la defensa del pueblo. Un Código humano, que reglamente la disciplina consciente, que vea en el soldado un hombre que tiene un ideal, que establezca la cordialidad y la camaradería que debe existir entre los jefes y soldados, que haga aceptar con alegría la obediencia, que asegure en reglas elementales la solidez monolítica, la unidad inquebrantable, la disciplina del nuevo Ejército del pueblo.

¡A la obra, entonces! Para que nuestro potente Ejército tenga su nuevo Código militar. Este Código militar será la mejor arma de agitación entre las tropas engañadas por el enemigo. ¡Será un aliento para todos los que se batan en los frentes!

En el nuevo Ejército popular, naturalmente, hay jerarquías. Hay jefes y soldados del pueblo. Hay grados. Es una necesidad imprescindible y ligada a la unidad del Ejército, a la unidad del mando, a la disciplina, a la lucha. La militarada fué el levantamiento de las viejas jerarquías militares, al servicio de la reacción y del fascismo. El pueblo tuvo que crear su Ejército y sus mandos. Hubo viejos militares, patriotas honrados, para los cuales el pueblo guardará eterna gratitud, que se quedaron y que hoy ocupan dignamente puestos de mando; hubo jóvenes militares que, con arrojo y entusiasmo, se pusieron al frente de las Milicias y de las fuerzas adictas a la República, y en las primeras líneas de fuego demostraron su capacidad militar y su abnegación; hubo milicianos que en la dura necesidad se transformaron en jefes y demostraron dotes militares magníficas.

Esta guerra nuestra ha desarrollado enormes energías. Ha creado, promovido y seleccionado cuadros. Ha revelado muchos hombres. Nosotros tenemos fe en el pueblo y en sus capacidades creadoras. Por esta razón nunca hemos dudado de la victoria. Hay que eliminar completamente la desconfianza que podría existir mutuamente entre algunos mandos mili-



tares y milicianos. Esta desconfianza es influencia enemiga. A todos nos importa ganar la guerra, y para ganarla hay que saber utilizar al máximo todo lo que hay, promover con audacia todo lo que promete resultado, eliminar todo lo que pueda estorbar. Todas las revoluciones han creado sus generales. Sin esta capacidad se hubieran perdido. El nuevo y gran Ejército necesita muchos cuadros, muchos cabos, sargentos, tenien-

tes, capitanes, comandantes, tenientes coroneles, coroneles y generales. Hay que legalizar los mandos creados por las Milicias. Hay que ascender a los que se portaron valientemente. Hay que establecer una jerarquía normal en el Ejército. Evitar que un comandante mande a un coronel, que un capitán mande a un comandante. A pesar de que no sea de una importancia fundamental, esto crea disgustos, alguna vez deprime, toca al amor propio.

Hay alguien que se plantea el problema: ¿Debe el Ejército popular ocuparse en política? En este momento, el Ejército está ocupándose de política muy seriamente. Se está ocupando de ella, en los frentes, con el fusil. Nosotros no hemos creído nunca al «militar político». No existe porque no puede existir. El sabe o debe saber por qué lucha, el porqué necesita demoler al fascismo. El apoliticismo es una mentira, y para algunos una ilusión. Los miembros de un Ejército popular son «hombres» que quieren educarse, que quieren pensar, que quieren sentir humanamente, que quieren participar en la vida del país, ayudar a su patria a resolver sus problemas.



Ellos sirven no sólo por obediencia, sino por convencimiento. No hay Ejército «neutral», «apolítico». La «neutralidad» y el «apoliticismo» sirven sólo para enmascarar la intención de apartar al Ejército del pueblo, de ponerlo en contra del pueblo.

Los ejércitos de Franco y Mola, de Italia y Alemania, de Bulgaria y Hungría, de Austria y Polonia, etc., también eran «apolíticos»; pero sus jefes hacían «su» política, la política del fascismo, la política de aplastar al pueblo.

Hemos dicho ya que el Ejército no es sólo un vivero de combatientes, sino también una universidad, en donde se aprende, se cultiva; donde el soldado mejora sus cualidades de ciudadano y de patriota. La lucha contra el analfabetismo en el Ejército, la edición popular y en masa de libros y de folletos tratando cuestiones de orden militar, político, económico, literario, artístico, social; la publicación de revistas, la organización de conferencias, etc., es una tarea gigantesca que se debe aprender para hacer de nuestro Ejército uno de los ejércitos más fuertes y cultos del mundo.

Carlos J. CONTRERAS,
Comisario político del 5.º Regimiento.